

Eje Temático: Culturas juveniles: nuevas identidades

Título: El trabajo y su rol en la construcción de la identidad

Autor: Fernando Rodríguez Luiz

Institución: Instituto de Formación Docente Continua, San Luis

El surgimiento de la Sociedad Moderna: La crisis social

La Sociedad Moderna, que se consolidó entre mediados del S XVIII e inicios del XX, implicó una profunda transformación en la sociedad. Al calor de la Revolución Francesa y de la Revolución Industrial, en un relativo corto lapso de tiempo maduraron las transformaciones que venían gestándose durante dos siglos. Las estructuras políticas, sociales y económicas sufrieron cambios, de tal magnitud y en forma tan vertiginosa que no lograron ser percibidos ni comprendidos por las personas que se hallaban inmersas en los mismos.

"Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, todo lo sagrado es profanado, y los hombres al fin se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas" (MARX y ENGELS 1990. Pág. xx). Así expresó Marx la conmoción que causó la transición entre la Sociedad Tradicional y la Sociedad Moderna.

La nueva sociedad, el capitalismo, rompió con el orden de los estamentos medievales, en donde la unidad política, económica y social era tal que hacía corresponder el lugar de los individuos en cada uno de estos órdenes, en forma análoga. Así, el nulo poder político y la baja condición económica de los campesinos coincidía con su inferioridad social, avalada por la tradición, que otorgaba importancia superlativa a los nobles. Esto implica que no existía el concepto moderno que indica que todos los individuos tienen los mismos derechos y son iguales ante la ley.

Cuando el capitalismo rompe con la sociedad estamental, los individuos se vuelven libres al no estar ligados por un contrato de vasallaje a un feudo, pero por otra parte pierden el derecho

a estar protegidos por un señor y deben valerse por sí mismos por el sustento diario, para lo cual lo único que tienen es su fuerza de trabajo.

Al crearse así un mercado de trabajo, se activa la lógica capitalista, en donde los trabajadores cada vez más se irán especializando para mejorar su productividad, en lo que será más tarde el modelo fordista de producción.

Se inicia entonces un proceso nuevo, que planteará uno de los principales problemas del campo social: el desarrollo de la individualidad. Si hasta entonces la sociedad se caracterizaba por una fuerte homogeneidad social, el signo de esta nueva época es el desarrollo de diferentes identidades, al punto tal que se considera que se pasa de sociedades simples o primitivas, a sociedades complejas. Ya no va a existir la comunión entre la conciencia colectiva, esto es, la suma de pensamientos, saberes y creencias propias del individuo promedio y la conciencia individual.

Los diferentes oficios y profesiones irán dando un carácter único a cada individuo ya que la tarea que desempeñen será el principal elemento generador de la autocomprensión que cada uno tiene de sí mismo en relación a los demás, estructurando el sentido con el que interpreta a la sociedad.

La crisis social se configura por la tensión existente en el par dicotómico individuo-sociedad. La especialización laboral, junto con la acción del mercado, acentúan el “culto al individuo”, que remite al individuo a sí mismo, en lugar de fortalecer al grupo. Por otra parte, no podemos pensar en un lazo social donde la conciencia social anule la individual, tal cual se daba en la Sociedad Tradicional, dada la creciente heterogeneidad de tipos sociales que genera la división del trabajo. Como producto de esta tensión, se da un déficit de integración que conduce a la anomia –que implica que el marco normativo no logra regular las conductas individuales- o a la excesiva individuación. Durkheim publica en 1897 *El Suicidio*, en donde estudia como hecho social al suicidio, en el marco de su preocupación central acerca de la naturaleza del lazo que hace posible a la sociedad, uniendo al individuo a la misma.

Una nueva sociedad: La Sociedad Industrial

La respuesta de Durkheim es un dilema a resolver: cómo crear un sujeto autónomo, pero evitando la disgregación social. Una de las claves será ponerle límites al mercado, ya que en él se producen fuerzas centrífugas que tienden a aislar al individuo de la sociedad, al estimularlo a la competencia por la consecución de sus intereses particulares.

A partir de ello, cobran sentido dos grandes fenómenos del Siglo XX: la escuela moderna, y el Estado Social, una como instancia de socialización que contribuía a crear y fortalecer una

identidad colectiva, y disciplinar a los futuros trabajadores, y el otro como respuesta directa al movimiento revolucionario que crecía al calor de la crisis social, amenazando cada vez más el nuevo orden. La construcción política conocida como Estado Social puede ser entendida como un alto en el enfrentamiento antagónico entre capital y trabajo, con el objetivo primordial de detener el avance del socialismo que emerge fortalecido de la Segunda Guerra Mundial. El Estado apareció como mediador de las clases antagónicas, suavizando la relación y congelando el conflicto, alcanzando así la sociedad moderna una situación de orden social inédita en la era industrial.

El Estado Social, al crear la Sociedad Salarial, va a aparecer como solución al dilema durkheimniano, fortaleciendo al trabajo como eje integrador de la sociedad. El empleo asalariado va a aparecer como organizador de la vida familiar y social, como experiencia que otorga sentido, a partir de la realización personal, que tiene lugar en el consumo, y la conformación de una identidad social mediante la participación en el movimiento obrero. Se crea una *cultura del trabajo*, en donde los trabajadores pueden afirmar su identidad y reconocerse a si mismos. La Sociedad Salarial implicó la garantía estatal para protecciones colectivas y el salario no monetario, equilibrando el individualismo que era acentuado por el acceso a bienes y servicios, con la referencia a marcos colectivos. La identidad social se constituyó a partir de la identidad laboral.

La educación aparece como el medio propicio para la movilidad social, y el futuro es una construcción social donde el progreso a través del trabajo es la regla.

En nuestro país, la sociedad salarial adquirió algunas características distintivas, que generaron críticas tanto de sectores de derecha como de izquierda.

Sociedad Salarial en Argentina

Es a partir de 1946 que aparece en Argentina esta forma de organización de la sociedad, incorporando en forma masiva a vastos sectores a la disciplina del trabajo capitalista, logrando a la vez ciudadanización, integración económica, integración social, y creación de una fuerte identidad como trabajador. El Estado aparece como mediador entre las partes en conflicto, capital y trabajo, diluyéndolo y desplazándolo del plano político. La crítica que recibirá desde los sectores de izquierda, va a ser justamente este desplazamiento, junto con la despolitización del espacio público y de la participación de los trabajadores, quienes se vuelcan a la esfera privada y al consumo. Mientras que las críticas que recibirá desde los sectores de derecha será el excesivo regulacionismo en la esfera económica, reemplazando al mercado como regulador del valor de la mano de obra por acuerdos políticos, y el desaliento

a la iniciativa privada que provoca la excesiva homogeneización por el igualitarismo abstracto del Estado Social.

A la distancia, podemos ver que uno de los mayores problemas de la Sociedad Salarial, ha sido que en él los derechos sociales quedan sujetos a la condición de trabajador, lo que plantea un fuerte interrogante acerca de la viabilidad de este tipo de sociedad al momento que el Estado no logre responder a la demanda de empleo.

La construcción de la identidad en la sociedad salarial. El rol del trabajo.

Recapitulando, en la Sociedad Moderna, el rol del trabajo será el de componente central en la constitución de la identidad. Posibilita que los individuos se ubiquen y clasifiquen en la sociedad, desplazando a otros sostenes de la identidad propios de la Sociedad Tradicional, como la pertenencia familiar o la inscripción en una comunidad concreta. Como señala Svampa (2000), la adquisición de la categoría de trabajador en la sociedad salarial, implicaba pertenecer al colectivo social que quedó en el centro del imaginario industrial y moderno de Argentina, y en donde la idea de progreso se dotó de nuevos contenidos, desplazando la referencia a lo pastoril por lo industrial. La clase trabajadora pasó a ocupar el lugar que tenían las clases medias como protagonistas del sueño argentino.

Crisis del Mundo del Trabajo

El Estado Social y la Sociedad Salarial, si bien sometidos a fuertes cuestionamientos, continuaron dándole forma a la sociedad hasta el inicio de los años setenta, donde una serie de acontecimientos iniciaron el proceso de declinamiento de los mismos, el cual eclosionaría en las décadas de los ochenta y noventa. La Crisis del petróleo de 1973, junto con la Revolución científica tecnológica y la crisis del patriarcado, cambiaron totalmente el curso de los acontecimientos, socavando las bases mismas del orden moderno.

Las nuevas tecnologías que se derivan de la aparición del microprocesador, han definido un nuevo modelo productivo, el posfordismo, caracterizado por la automatización. Mientras que el modelo fordista basaba la productividad en la producción en masa de series estandarizadas de productos, destinados a un mercado de consumo masivo, el nuevo modelo basa su productividad en la flexibilidad e innovación, en función de un mercado de alto poder adquisitivo y fuertemente segmentado.

De esta forma, como señala Castells (1998), se fragmenta el movimiento obrero, al crear una división de los trabajadores en dos categorías: los *trabajadores autoprogramables* y los *trabajadores genéricos*. Los primeros son aquellos que poseen formación superior, saben

manejar las nuevas tecnologías y adaptarse a los cambios que éstas imponen: son los que generan la parte más importante del valor agregado de los procesos, y resultan difícilmente sustituibles. Los segundos llevan a cabo tareas estandarizadas, siendo controlados por las máquinas, y por lo tanto son fácilmente reemplazables. Estos son los formados en la lógica industrial, y quienes se ven más afectados por el desempleo. Esta división pesa más que la clásica división capital/trabajo, restándole peso al trabajador como actor de la escena política. Según Robert Castel (1998), a partir de la desaparición del pleno empleo los individuos van resignificando su lugar en el mundo. Aparece un nuevo sujeto social, el desempleado, que no logra visibilidad en el escenario de las luchas sociales y políticas, por lo que posee poco peso específico como actor social.

La nueva cuestión social implica una mutación completa de la relación con el trabajo, transformando la relación con el mundo. La aparición de una nueva forma de capitalismo, que tiene como protagonista al mercado financiero global, acentúa las fuerzas centrífugas que actúan sobre lo social, en el momento en que se repliega el Estado y disminuye considerablemente su capacidad de intervención y regulación.

Se vuelve a renovar el dilema original de la Sociedad Moderna, que deja librados a los hombres de los soportes sociales que lo mantenían unido al grupo, permaneciendo la exigencia de autonomía y la necesidad de subjetivación que caracteriza la situación del individuo contemporáneo.

Estas transformaciones dan lugar a un cambio en otra de las instituciones sobre las cuales se basa nuestra forma de sociabilidad: la familia patriarcal. Esta institución está basada en el matrimonio monógamo heterosexual, con una división del trabajo en la cual el hombre se ocupa de aportar el sustento material, y la mujer el trabajo doméstico y la crianza de los hijos. La autoridad recae en el patriarca, el hombre adulto en edad económicamente activa, sometiendo a los demás miembros. Esta estructura se traslada a otros ámbitos de la sociedad, en donde las mujeres desempeñan un papel relegado.

Pero la incorporación de éstas al mercado de trabajo termina de poner en crisis a la familia patriarcal, ya cuestionada fuertemente por el movimiento feminista y los movimientos de identidad sexual, lo que se combina con el avance de la tecnología médica, que permite la disociación de heterosexualidad, patriarcado y reproducción de la especie. Al decaer el empleo industrial, muchas mujeres de sectores populares se ven obligadas a ocuparse para aportar al sustento del hogar, ya sea como complemento del ingreso aportado por el hombre o para reemplazarlo. Perdido el rol de único proveedor del sustento, la autoridad del hombre es cuestionada. Aparecen entonces nuevas formas de familia que coexisten con la familia

patriarcal, generando una tendencia a que el matrimonio heterosexual sea considerado sólo un modo de vida más entre otros. Esto impacta fuertemente en los procesos de construcción de la identidad por adscripción a los roles tradicionales: papá trabaja, mamá es ama de casa, los chicos están en la escuela, etc.

La crisis en Argentina

En el caso de nuestra sociedad, la crisis de la sociedad salarial tiene algunos aspectos diferenciales, como el fenómeno de la precarización laboral, que algunos autores (KESSLER 2001) señalan como más nocivo para los lazos sociales que el propio desempleo. La situación más habitual en el mercado de trabajo argentino no es el desempleo de larga duración -como en las sociedades capitalistas consolidadas-, sino la inestabilidad y precariedad laboral.

La inestabilidad y precariedad laboral afectan especialmente a los jóvenes, que acceden a posiciones precarias, con bajas remuneraciones, sin cobertura social y con una nula protección al despido. Consecuentemente, su volatilidad es muy alta, implicando una elevada inestabilidad de los ingresos. Esto conforma trayectorias laborales inestables, que implican una alta rotación entre puestos distintos, todos ellos precarios, poco calificados, de corta duración, intercalados con períodos de desempleo, subempleo y aún de salida del mundo laboral como producto del desaliento.

Esto trae consecuencias diferentes a las que son propias de la situación de pobreza o de desempleo, en las cuales quienes se ven afectados por las mismas, desarrollan distintas estrategias que les permiten reposicionarse en la estructura social. La inestabilidad no permite la generación de una identidad laboral; ni de oficio, ni sindical, ni de pertenencia a una empresa.

También se ha ido perdiendo el rol formativo de los espacios de trabajo, en los cuales encontraban un lugar los excluidos del sistema educativo secundario o terciario, porque la capacitación en el trabajo es inviable si no se accede a puestos con un mínimo de estabilidad.

Todos los aspectos calificantes y socializantes del mundo laboral están restringidos por la cantidad y calidad de los empleos a los que los jóvenes acceden. Se establece una relación exclusivamente instrumental con el trabajo, que pierde su lugar central como base para la construcción identitaria individual y para la formación de un entramado de lazos entre pares. El trabajo cobra sentido sólo por su utilidad como forma de obtención de bienes y servicios.

Junto con la estabilidad laboral y la seguridad social se perdió la función que cumplía el trabajo como espacio aprendizaje y de experiencia de derechos sociales y laborales. Parte de la formación en el trabajo implicaba conocer y encuadrarse en leyes que regulaban la relación

laboral; la ley estaba también presente en todo el entramado jurídico que protegía al trabajador ante la adversidad, en un accidente, una enfermedad o del abuso patronal.

En el caso de los jóvenes de sectores populares, la inestabilidad y precariedad laboral se naturaliza a medida que la imagen del trabajo estable se desdibuja de la experiencia transmitida por los padres y otros adultos del entorno. La construcción de un proyecto biográfico a partir del trabajo ya no es posible cuando se enfrentan a un horizonte de precariedad duradera, llevándolos a una visión de corto plazo, donde el objetivo es obtener una satisfacción inmediata día a día.

Una breve caracterización de estos jóvenes, nos remite a las bajas credenciales educativas, la visión del trabajo desde una lógica individualista y con un rol netamente instrumental y de ninguna manera como un medio privilegiado de movilidad social. Los mismos reivindican una identidad tribal, en referencia a una comunidad emocional donde se gestan, afirman y se cambian las identidades, fragmentarias, relativas y flotantes, definidas a través de los consumos culturales, en los cuales cumplen un rol preponderante los medios masivos de comunicación e información.

Palabras finales

Luego del recorrido que hemos hecho, podemos decir que el trabajo ha dejado de ser el principal ámbito de socialización, en tanto ha perdido su capacidad de construir identidad individual y colectiva, de transmitir los marcos normativos necesarios para convertirse en un ser social, y de organizar la vida cotidiana y su proyección en el futuro. Se ha perdido la cultura del trabajo, y aún más preocupante que esto, es el hecho que aún no ha logrado ser reemplazada por otra forma de socialización que logre el nivel de integración social y consolidación del orden logrado en la Sociedad Salarial.

Los jóvenes se ven gravemente afectados por esta situación, y aquellos que no logran integrarse por los mecanismos que se vuelven excluyentes –el acceso a una educación de alta calidad y de larga duración, principalmente-, quedan librados a la configuración de su identidad en procesos alternativos, que generan identidades efímeras y parciales, fragmentarias y menos inclusivas que las generadas antiguamente en el ámbito del trabajo.

Bibliografía

- CASTELLS, Manuel: *La Era de la Información*. Alianza, España, 1998.
CASTEL, Robert: *La metamorfosis de la cuestión social*. Alianza, Madrid, 1998.

DE ÍPOLA, Emilio. *La crisis del lazo social. Durkheim, 100 años después*. Eudeba, Bs. As, 1998.

DURKHEIM, Emile: *El suicidio*. CEAL, Bs. As. 1990.

KESSLER, Gabriel: *De proveedores, amigos, vecinos y “barderos”*: acerca de trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires. En BECCARIA, Luis et al.: *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*. Biblos/UNGS, Buenos Aires, 2001.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. *Manifiesto comunista*. Ed. Anteo, Bs. As. 1990

SVAMPA, Maristella. *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Biblos, Buenos Aires, 2000.